

La diferencia nuevamente interpelada

The difference again challenged

Juan Bautista Ritvo

RESUMEN

Este artículo se pregunta por cierto padecimiento del feminismo en tanto es un movimiento de masas por un lado y por el otro por un aplanamiento en los distintos niveles que conforman el vínculo entre hombres y mujeres. Plantea que el hombre es hombre para la mujer y esta es mujer para el hombre, es decir que los sexos se definen a partir de una relación, aunque se trata de un vínculo asimétrico. Se pregunta por el falo y lo define como lo que circula entre los sexos.

Puntualiza que hombre y mujer son categorías que el psicoanálisis construye a partir de la experiencia de la transferencia. Plantea también que la histeria no es la feminidad, aunque ésta sea su referencia y que está sometida a un control tal, que sus estrategias terminan por esterilizar el deseo. Por otra parte la feminidad consiste en la posibilidad de estar abierta al azar. Y la virilidad implica que alguien esté en condiciones de separar a la mujer de la madre, permitiendo que aquella sea a la vez objeto y causa de goce.

Esta profunda imbricación de los sexos es desconocida por el feminismo, la actividad fálica del varón implica, necesari-

ABSTRACT

This article asks about certain suffering of feminism as it is a mass movement on the one hand and on the other by a flattening on the different levels that make up the link between men and women. Poses that man is man for woman and this is woman for man, meaning that the sexes are defined from a relationship, although it is an asymmetric link. He asks about the phallus and defines it as what circulates between the sexes. He points out that man and woman are categories that psychoanalysis constructs from the experience of transference. It also suggests that hysteria is not femininity, although this is its reference and that it is subject to such control that its strategies end up sterilizing desire. On the other hand, femininity consists in the possibility of being open to chance. And virility implies that someone is able to separate the woman from the mother, allowing her to be both object and cause of jouissance. The deep imbrication of the sexes is unknown by feminism, The phallic activity of the male implies, necessarily, an aggressive component that militant feminism does not cease to confuse with

riamente, un componente agresivo que el feminismo militante no cesa de confundir con el abuso e incluso con la violación. No hay significantes que armonicen un plano de difícil construcción, porque allí se revela un objeto ausente que expone a los seres humanos a la peregrinación metonímica.

PALABRAS CLAVE

Psicoanálisis - Feminismo - Falo - Amor - Diferencia

abuse and even with rape. There are no signifiers that harmonize a plane of difficult construction, because there is revealed an absent object that exposes human beings to the metonymic pilgrimage.

KEY WORDS

Psychoanalysis - Feminism - Phallus - Love - Difference

I

Pese a sus conquistas políticas e ideológicas, para nada desdeñables, el feminismo padece, justamente porque se trata de un movimiento de masas, de un aplanamiento de los distintos niveles que conforman el vínculo de los hombres con las mujeres.

Quiero decir: tanto el plano político como el jurídico, se diferencian del nivel pulsional; sus reglas, sus formas de regulación, no se confunden en absoluto, pese a las intersecciones que pueda haber entre estos niveles.

El feminismo denuncia el llamado patriarcalismo al mismo tiempo que no se ocupa de definirlo; el ser mujer se reduce a lo meramente visible, justamente porque su punto de partida, nunca cuestionado, es que hombres y mujeres son *entidades* enfrentadas y que preexisten, como tales, a la relación que tengan entre ellos.

Por el contrario, podemos decir, inicial y fundamentalmente, que el hombre es hombre para la mujer y que esta es mujer para el hombre; en todos los casos es preciso acentuar el “para” que indica que el hombre se inmiscuye e incluso interfiere en la constitución femenina y que la recíproca es verdadera, aunque el vínculo carezca de simetría; es más: se trata de un vínculo *antisimétrico*, pero vínculo férreo al fin.

Lacan, en fórmulas que todavía hoy parecen paradójicas dijo que lo que define al falo es que es lo que le falta a la mujer; y en cuanto a la mujer, al acceder a la castración tiene que perder aquello que nunca tuvo.

Este modo de definir a los sexos implica que la relación es la que define lo que uno y otro poseen como características propias: *lo propio viene de afuera*.

En tanto es preciso volver a lo elemental, que por ser elemental es fundamental, tengo que empezar por definir qué es el falo y cuál es su lugar en la economía inconsciente, una economía que no sabe lo que *perturbadoramente* sabe y que por ello insiste en un entredicho que jamás pasará al dicho, aunque no ceje el intento de decirlo.

El falo es una *metáfora radical*; lo que implica que es una *sustitución* que sustituye nada que esté allí de antemano. Si el psicoanálisis inventa semejante noción —porque no cabe duda de que se trata a la vez de un hallazgo y de una invención, ambas características a una— es porque tiene que dar cuenta de esa porción de la energía vital que el lenguaje recorta como potencia y la pone a cuenta del pene. Más claro, el pene como tal, marcado por la potencia fálica siempre está en menos con respecto al símbolo vital, el que opera de manera ininterrumpidamente negativizado; o, más precisamente, negativizando el órgano masculino y desplazándose metonímicamente a través de todas las zonas erógenas.

Decimos que es el órgano que le falta a la mujer porque la castración le adviene a ella por la vía del hombre. La demanda masculina de ser reconocido como *ser viril*, que es una trampa porque nadie sabe lo que reclama con ello, precipita una dialéctica tragicómica de enredos sin fin, a lo que viene a agregarse la demanda dominante de la mujer, quien reclama la devolución de la carga que le ha efectuado el hombre. Si no hubiera demanda femenina, el Otro del hombre, ni el hombre ni la mujer sufrirían ese corte simbólico que recortando el cuerpo y habilitando los límites del discurso, se vive como amenaza y culmina en un precario e inevitablemen-

te torpe reconocimiento inconsciente.

El juego del hurón permite pensar qué es el falo. Los niños, al menos los franceses, porque de ahí nos viene el ejemplo, se reúnen en círculo aferrando una cuerda que al sacudirse permite el deslizamiento de un pequeño objeto. Cuando cesa el sacudón, el pequeño objeto se detiene donde está uno de los niños que, por tal causa, debe pagar una prenda.

El *falo circula, circula entre los sexos* y nunca está completamente ausente allí donde no está y al revés, nunca está completamente presente allí donde está.

II

Esta metáfora también permite, para empezar, dar cuenta del enrevesado juego que juegan los amantes y que unos versos de John Donne (2005, p. 50, 51) expresan de manera magistral.

*Tu corazón no puedes darme a diario;
si eres capaz, es que nunca lo diste.*

*Un amoroso enigma: aunque
[el corazón parta
conserva su lugar, y al perderlo,
[lo salvas.*

Infinitud de los amantes

Amor y erotismo son sin duda sinónimos, pero la sabiduría espontánea del uso no los confunde. Un amor puede ser tierno y alejado de cualquier encarnación; si hablamos de erotismo, hablamos inequívocamente del malentendido de la carne.

En “Introducción al narcisismo” (Freud, 1979, p. 123) Freud postuló dos variantes, el amor de tipo específicamente narcisista según el modelo del yo ideal articulado desde el ideal del yo, y el amor

denominado de apuntalamiento, sea por la madre nutricia o sea por el padre protector.

En realidad, la discriminación freudiana, junta el agua con el aceite y deberíamos conservar el amor narcisista sólo en la primera de las vertientes. El padre protector apenas vela el fantasma del padre de la horda y la llamada madre nutricia es un vampiro a su turno vampirizado por su presunta víctima.

Mayor interés presentan algunas observaciones de Freud que aparecen, por ejemplo, en “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1979, p.105, 106) y en “El Yo y el Ello” (Freud, 1979, p30, 31).). En la primera obra vincula el amor con el hipnotismo y a su suplemento de parálisis producido por la dependencia de alguien frente a un poder que lo sume en el desamparo. Freud, con un sentido de los problemas que los discípulos no poseen, se encarga de afirmar que hay algo “místico” en la hipnosis y que en el fondo sigue siendo incomprendida. Aún hoy, aclaremos...

La otra, formulada en la segunda obra citada, remite el amor a la ambivalencia de la identificación y especialmente a la fase oral canibalística: el objeto amado se incorpora mediante su destrucción. (Por algo se habla de “amores devoradores”)

Ambas observaciones pueden llevarnos muy lejos.

¿Podemos decir algo en general del amor que no sea vacío?

“Andrés el Capellán, teórico del amor cortés y los médicos de su tiempo convienen en una cosa: el amor es un afecto violento que reclama un vigoroso tratamiento. Producido por una mujer, a menudo no sabido por ella, este afecto penetra en el amante por los sentidos, en particular por la mirada y se aloja en su corazón. Desde allí gana el cerebro y los testículos, que for-

man con el corazón las tres sedes del amor en el hombre.” (Feher, 1989, p.18)

Visión, cerebro, testículos: hay en esta progresión – que obviamente tiene su eje en el varón □, expresada en el lenguaje del amor medieval, particularmente de la lírica provenzal y del ciclo de Bretaña, un pasaje incesante de la imagen del cuerpo al cuerpo de la imagen. O, para decirlo de otro modo, de la imagen narcisista – que aspira a la totalidad, a la bella totalidad –, a la imagen fantasmática, parcial, zigzagueante, vertiginosa; sitio por excelencia de lo que llamamos goce, irritabilidad sin medida y a la vez medida que aparece cuando la tensión disminuye hacia la pendiente letal.

Los surrealistas y en particular Aragon y Bretón llamaron “amor loco” a un amor producto del azar, encuentro a la vez fausto e infausto, que une el vértigo y el estrago, y que, como lo dice en ciertos versos Bretón, adora tu sombra venenosa, tu sombra mortal.

L'Amour fou, de Bretón (Bretón, 1957) describe, antes del encuentro amoroso propiamente dicho con una mujer, una visita de él y de Giacometti al mercado de pulgas donde ambos hallan un objeto extraño y misterioso que viene a colmar una falta.

Esta teoría del amor loco, ajena a las banalidades y torpezas que se le atribuyen, debería tomarse en serio, como lo hizo Lacan .

La frase final de *Nadja* de Bretón “La belleza será convulsiva o no será” (Bretón, 1994, p. 24) es algo más que un eslogan pasado de moda o un poco ñoño. La convulsión – hecha de contracciones y de distensiones, movimientos contrarios y violentos – refleja el carácter siempre contradictorio del amor parcial a un objeto, a través de una imagen pero en definitiva más allá de ella, hacia la intimidad

de los cuerpos, que funde amor y odio: se busca el amor para restañar la herida de una vida atravesada por el lenguaje que la enferma y la exalta – pero la vida misma queda marcada por la muerte. En el amor surreal se busca la soledad y el aislamiento perfecto del objeto que debe brillar como estrella fugaz; pero a poco, se torna más un ideal inasequible que una verdadera singularidad. Exalta todas las facultades y simultáneamente las embota, muchas veces hasta la idiotización del amante. El amante busca la fusión más extrema con la amada, pero cada paso lleva, irreversible, fatalmente, al abismo entre ambos, abismo entre sujeto y objeto, que nada tiene de quietud epistemológica, porque el objeto que se retira – y aquí aparece, entre líneas, la posición femenina – es la cifra dolorosa y hasta insignificante del amante, punto en el cual la mujer, separándose de ser mero objeto para otro, puede denunciar la trampa del varón que ella misma ha fomentado a costa suya. Los malentendidos que son el corazón del pacto amoroso, se multiplican sin cesar.

El amor se quisiera ascensional, como el Eros platónico, pero encuentra su oblicua realización en la caída en lo sucio, pecaminoso, o para decirlo en nuestra jerga, en la perversión polimorfa.

El hombre suele invocar con gusto que una mujer intensamente amada es la causa de su deseo, pero la mujer no siempre siente este lugar como privilegio – más bien la encierra en una cárcel que la aleja de su propio goce, pero ¿qué arreglo habría para intensidades que aspiran a la eternidad sabiendo de antemano que sólo la precariedad puede concederles vértigo, alegría, mas sabiendo también que lo que se sabe es mejor ignorarlo?

El amor loco vuelve a plantear el tema

del hipnotismo, que el siglo diecinueve exploró bajo la mántica del mesmerismo y de los campos magnéticos. Nos hipnotiza la voz profunda y reposada como si fuera la de un dios, o el consabido objeto brillante que se mueve acompasadamente y nos reclama abandono por la voz del hipnotizador.

Sabemos que antes de romper a hablar –¡qué verbo sugestivo!– hay que separarse de la maraña de pensamientos que se hunden en el silencio, ese silencio que mítica-mente era el del *infans* que de alguna manera seguimos siendo cuando nos mostramos confusos, no entendemos, nos perdemos en la selva del lenguaje que deja de ser nuestra casa, ya no es más la casa del ser, nunca lo fue, en realidad; separarse entonces para inventar y decir y dirigirse al Otro a través de los otros. Hay dolor y resignación y con frecuencia, en el dormir, ejemplarmente, queríamos retornar allí donde en verdad jamás estuvimos.

El misterio hipnótico es tal porque se instaure como promesa de retorno a un mundo prenatal, inexistente, desde luego, pero siempre anhelado. Cualquier cercanía con él rompe el hechizo; cualquier alejamiento, decepciona.

Fuente del hipnotismo, fuente del amor. Otra manera de evocar el Eros de Empédocles, que a la vez posibilita y disuelve las singularidades, y que acarrea un límite jamás alcanzado por la experiencia: lo Uno.

El amor loco testimonia una verdad que constituye al sujeto, al tiempo que desvela el aura de patetismo que suele rodear a la noción: no hay sujeto por el sólo hecho de que finja, es preciso que finja fingir. Es la teatralidad del amor en la que los actores fingen que están mal actuando, cuando en realidad están absolutamente comprometi-

dos con la mentira que malvenden.

Además, como Donne lo captó con lucidez barroca, en el juego enloquecedor de los intercambios es preciso perder para dolorosamente ganar –gana el que finge perder sin saber que efectivamente ha perdido–, y el intento de conservarse desvencija a quien por la razón que fuere no supo o no pudo jugarse a tiempo.

Desde Malebranche sabemos que “conjetura” es el nombre adecuado a mi vínculo con el Otro que soy yo mismo para mí, el que se me ha tornado opaco. No habría amor si no hubiera opacidad y ése es uno de los secretos de la conocida alegoría platónica acerca de Eros, hijo de Pobreza y de Riqueza, menesterosa y llena de ingenio.

Pero la conjetura se teje entre los sexos; no podemos decir, como suele decirse, hay un género obsesivo y las especies correspondientes son la obsesión masculina y la femenina. Es que las conjeturas del hombre obsesivo y las de la mujer que supuestamente padece la misma patología, son diversas porque son diversas las posiciones sexuales de hombres y mujeres. La neurosis obsesiva hace su entrada en el campo de la neurosis porque el obsesivo se obsesiona con el rehusamiento histérico.

Son cruces diagonales los que tenemos que propiciar...

Del mismo modo, no podemos decir que hay “sujeto” en general y que sus especies son masculinas y femeninas. Esta forma de pensar es por entero psicológica y psiquiátrica.

La noción de sujeto está dividida, fragmentada, desde el mismo momento en que hay sujeto, femenino y masculino. Es más, lo que llamamos sujeto no es la propiedad de algún aparato psíquico aislado, sino un intervalo en la producción discursiva de

hombres y de mujeres. *La división de los sexos intercala instancias y niveles, no consagra mónadas. Me reconozco como hombre desde la mirada de una mujer, que en mi vida ya fue largamente anticipada por mi madre y articulada por mi padre.*

Y si la mirada de un hombre convierte a la mujer en objeto, degradándola del lugar fálico del cual esta se apodera de manera provisoria y defensiva, deberá, en un movimiento oscilatorio que es privativo de la mujer, abandonarse a la posición de objeto que alimenta su deseo y el deseo del hombre, pero de manera subsiguiente tendrá que retirarse sobre sí para alternar su posición de objeto erótico, dotado de cuerpo que estimula y se estimula, con la de sujeto que se orienta en el campo de la palabra tratando de que la falicidad no la aleje del intercambio deseante con los hombres, preservando así una perspectiva sobre la sexualidad en la cual la mujer puede profundizar el golpe de la agudeza.

Alguien podría argüir que estos son rasgos de época que tienden a desaparecer.

Lo que sí podemos decir, que hombre y mujer son categorías que el psicoanálisis construye a partir de la experiencia de la transferencia. En la neurosis obsesiva masculina existe, censurada, una visión de la masculinidad que el análisis desarrolla; del mismo modo, la histeria no es la femineidad, pero es su polo de referencia, a la vez cuestionado y admirado. Desde este punto de vista podemos decir que la femineidad consiste en la posibilidad de estar abierta al azar, que en la histeria está sometido a un control tal, que sus estrategias terminan por esterilizar el deseo. Y la virilidad implica que alguien esté en condiciones de separar a la mujer de la madre, permitiendo que aquella sea a la vez objeto y causa

de goce.

Esta profunda imbricación de los sexos es desconocida por el feminismo, con las consecuencias que están a la vista: una restricción puritana de las relaciones, que reconducen al hombre a ser un auxiliar de los caprichos ya no femeninos sino directamente maternos, a despojarlo de la necesaria tensión agresiva que está en juego en el acto sexual, ahogando el deseo de ambos participantes; falicizando a la mujer y desfalicizando al hombre, todo en nombre de una supuesta igualdad que es totalmente válida en el terreno jurídico-político, no en el sexual.

Desde luego, en este entramado la distancia entre madre y mujer se acorta hasta volverse prácticamente inexistente.

Al atacar a los hombres, las mujeres, sin saberlo con claridad pero presintiéndolo al modo de ese saber no sabido que es el inconsciente, conservan su cordón umbilical con la madre primitiva, de esa sobre la cual algo hay que decir.

III

Me refiero, concretamente, a la ley del incesto y a sus personajes.

Es un tema que el progresismo sexual, si se me permite usar esta expresión un tanto irónica, prefiere evitar *naturalizando* así todo lo que tiene que ver con la sexualidad.

Una de las razones para que hombres y mujeres estén imbricados y en interferencia ininterrumpida entre ellos, se cifra en que deben lidiar, desde muy pequeños, con dos *realidades fantasmáticas* que la clínica revela a través de sueños, síntomas, recuerdos encubridores, inhibiciones: la figura del padre totémico y la madre primitiva.

Desde luego, son fantasmas, representaciones que mezclan lo imaginario con lo simbólico, con neto predominio del primero de los registros, y no se confunden ni con la madre ni el padre civiles. No obstante, estos fantasmas ejercen su incesante presión sobre los personajes concretos y tanto el niño como la niña deben librarse progresivamente de ellos para acceder a la castración. Tenemos así la fantasía originaria cuya entrada es la fantasía de seducción y su salida consiste en la castración.

En el medio, digámoslo así, el niño o la niña están entre padre y madre míticos, como objeto, prisioneros de las fantasías de contemplar el llamado coito primitivo de los padres en alianza perpetua, según la plástica imagen del kleinismo.

Insisto: no son figuras existentes, pero contaminan lo existente al punto que hay quienes creen encarnarlas: dictadores, líderes crueles, abusadores y toda una ralea que está sostenida institucionalmente. Este submundo no es el fruto de un delirio psicoanalítico; por el contrario, habita nuestro mundo cotidiano – y ya lo sabemos, lo más evidente suele ocultarse a la vista... Por supuesto, los Bolsonaros y los Putines no se explican por razones psicoanalíticas; pero es indiscutible que los fantasmas son la condición de posibilidad, no de existencia para que aparezcan en escena semejantes figuras, bien monstruosas y apoyadas, de un modo lábil en el primer caso, por masas.

Piénsese, pongo por caso, en las sociedades mediterráneas, especialmente me refiero al sur de Italia, tradicionalmente patriarcal. Sin embargo allí y hasta hoy en día, la figura de la madre impera de un modo que no tengo otros términos para calificarla que llamándola aplastante, ferozmente aplastante.

Baste consultar esas dos notables novelas de Vitaliano Brancati, *Don Juan en Sicilia* (Brancati, 1941) y *El bello Antonio* (Brancati, 1949), para darse cuenta de que la omnipresencia materna –algunos críticos escriben la Mujer, pero se trata, en última instancia de la Madre, de la Diosa Madre, diría– suele reducir a los hombres a guiñapos, sin autonomía, sin voluntad, caprichosos, volubles.

IV

¿Qué es el patriarcado?

Sobre este tema reina la mayor de las confusiones porque se borra la apreciable diferencia entre el patriarcado y las instituciones en que impera la libido homosexual masculina que, según Freud, es el cemento de grupos de importancia considerable en la vida del Estado, especial y ejemplarmente de la Iglesia y de las Fuerzas Armadas.

El corazón histórico del patriarcado se integra con el ejercicio de la patria potestad atribuido a un varón adulto que excluye a la mujer considerándola, a todos los efectos, como una menor de edad. Su complemento inevitable se compone con la exclusión de las mujeres del derecho al voto.

No obstante, este cuadro hay que matizarlo con cuidado. Lo hago con una cita de un artículo de Paul Veyne.

Tampoco se trata –dice–, a pesar de una leyenda que Yan Thomas se ha propuesto echar abajo, de un clan, de una amplia familia patriarcal, la **gens**, ni de su debilitamiento o desmenuzamiento de esta vasta unidad arcaica. No es verdad que el padre de familia fuese dejando poco a poco

de ser en ella el monarca, porque no lo había sido nunca: la Roma arcaica no fue un grupo de clanes, cada uno de ellos bajo la autoridad del patriarca. Fue una ciudad etrusca, una de las mayores, y no nos lleva a un estadio arcaico del desarrollo de la humanidad; hemos de dejar de lado, por tanto, esos mitos políticos sobre los orígenes y atenernos a la realidad: el padre de familia es un esposo, es también un propietario con su patrimonio, un amo de esclavos, un patrón de libertos y de clientes; en virtud de una especie de delegación que le otorga la ciudad, ejerce un derecho de justicia sobre sus hijos e hijas, y todo este conglomerado de poderes heterogéneos no es precisamente el resultado de una unidad primigenia.

Todo hijo de familia, una vez huérfano y emancipado, se convierte en jefe de una nueva familia y, salvo sentimientos o estrategia familiar, nada le mantiene ya vinculado a sus hermanos o tíos; la familia es una entidad conyuugal(...) cada nueva pareja preferirá su domicilio personal si tiene medios para ello.

Es el padre de familia quien, en principio, dirige la casa...¿Y el ama de casa? (...) El reparto de las faenas domésticas era ocasión de frecuentes querellas, de creer a los Padres de la Iglesia, enemigos del matrimonio: casarse equivalía a someterse a la autoridad de la esposa o bien tener que sufrir sus recriminaciones.(Veyne, 2001, p. 79/81)

Voy a hacer varias puntualizaciones:

1) Veyne denuncia el *mito del patriarcado* que la historiografía reaccionaria fran-

cesa del siglo XIX había levantado amparándose en los prejuicios sociales tanto como en la autoridad de Durkheim, quien erigió la figura patriarcal, esa que se llama a silencio cuando aparece y permanece sentada en escena, cual estatua del Comendador, esa que impone su silente autoridad, en un momento en que la jefatura de los hombres de honor y de poder comienza a ser fuertemente cuestionada por el despertar rencor femenino y el consiguiente desconcierto de los hombres. (No puedo dejar de advertir que la palabra “esposo”, dicha por Veyne, aminora ese dominio patriarcal de la figura weberiana. Históricamente y de manera realista es bueno que podamos oscilar entre una y otra significación, sin abolir a ninguna de las dos.)

2) No es jefe de clan, se declara; pero es *dueño* de un patrimonio, *amo* de esclavos, *patrón* de libertos y, sobre todo, *juex* de esposa, hijos, hijas; la referencia a los Padres de la Iglesia, introduce a Xantipa en el reino de Sócrates. Comedia y virulencia que excede a la comedia. Por su parte, los hijos, si bien no constituyen un clan, el hecho de su dependencia arbitraria del padre, también introduce un factor eminente y socialmente centrífugo a la vez que aglutinador.

3) ¿No hay algo letal en que un hijo tenga que esperar o la muerte de su padre o la declaración de emancipación?

4) Indudablemente, el mito freudiano del padre primitivo, por más falso que sea referencialmente, tiene una punta de *verdad salvaje*; es el salvajismo del inconsciente que trastorna el tranquilo pluralismo del historiador.

5) Tiene razón Veyne cuando declara que se trata de un conglomerado de poderes heterogéneos que carecen de una raíz común de la cual habrían derivado; no obstante, es preciso, teniendo en cuenta

que el cuadro remite a los sectores superiores de la oligarquía reinante (senadores y caballeros), señalar que la familia concebida como *unidad de producción* (el dueño que trabajaba la tierra y elaboraba artesanías con sus esclavos y libertos, gozaba asimismo del poder político) fue el punto de partida de la formación patriarcal; punto de partida que los tiempos sucesivos fueron desdibujando, dejando en pie elementos decisivos de la trama.

6) *Producción, nombre de linaje, poder*: estos tres elementos en el curso del tiempo fueron perdiendo su cohesión. El mercado primero y luego la generalización del mercado propio del capitalismo, en el cual la fuerza de trabajo es una mercancía, contribuyeron, decisiva pero no exclusivamente, a este estado de cosas.

7) No obstante, aunque en las clases inferiores esa alianza de la producción y del poder no se producía, el ejercicio exclusivo de la *patria potestas* por parte del hombre libre, fue indudablemente un factor que prolongó su acción siglos y siglos, hasta la actualidad. ¿Bajo qué nombre ubicar este factor avalado por los modernos códigos civiles y por la moral y las costumbres que los cimentaban otorgándole legitimidad?

La corporación homosexual masculina es otra cosa, no solo porque es más difuso y carece, a diferencia de la patria potestad tradicional, de regulación jurídica, sino porque resulta mucho más retorcida. En el nivel *latente* se supone que la mujer no es apta para el ejercicio ni de los negocios ni de la política, *salvo* – y esta salvedad es esencial – que adopte los modos masculino. La función pública acoge cada vez más mujeres entre su personal, pero es evidente que gestual, posturalmente, ideativamente y en los ritmos de trabajo, son una imita-

ción notoria de los comportamientos masculinos, sin duda es algo defensivo, pero implica un apoderamiento especular que trae vastas consecuencias.

Hay, en este respecto, que tener en cuenta las palabras de Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921):

En las grandes masas artificiales, Iglesia y ejército, no hay lugar para la mujer como objeto sexual. La relación amorosa entre hombre y mujer queda excluida de estas organizaciones. Aun donde se forman masas mixtas de hombres y mujeres, la diferencia entre los sexos no desempeña papel alguno. Apenas tiene sentido preguntar si la libido que cohesionaba a las masas es de naturaleza homosexual o heterosexual, pues no se encuentra diferenciada según los sexos y prescinde, en particular, de las metas de la organización genital de la libido. (Freud, 1979, p.134)

En estos momentos, esa libido homosexual masculina es...cosa de mujeres. Y así las mujeres pueden, al igual que simétricamente los hombres se liberan de ellas juzgándolas desatinadas, locas, incapaces de orden, ocultar la envidia entre ellas, tan poderosa, tal y como lo revela la clínica y, fundamentalmente, dejar en la sombra el papel que con tanta frecuencia desempeña letalmente la madre, justamente porque la madre ama tan intensamente a sus criaturas; amor que, como todo amor, implica el odio.

* * *

Esto no significa que la teoría freudiana acerca de la organización sexual femenina

debe conservarse en los términos en que la articuló Freud.

Aunque no por las razones invocadas por él, Jones tiene razón cuando considera a la fase fálica como esencialmente defensiva.

Esto nace de dos elementos concurrentes: en primer término, hay que tener en cuenta que el ejercicio de la actividad fálica del varón implica, necesariamente, un componente agresivo que el feminismo militante no cesa de confundir con el abuso e incluso con la violación. Sin dudas, en este plano intervienen fantasías inconscientes que poseen un peso considerable: el erotismo no es una tranquila función “natural” perturbada por la enfermedad, o, en todo caso, podemos acordar con Nietzsche: es un animal enfermo por la cultura, o sea por el conjunto de las demandas que obran sobre los individuos en un momento preciso de la historia.

Hay una inicial *retracción* de la mujer en un momento entre el fin de la infancia y el comienzo de la adolescencia, correlativa de la confusión e incluso de la torpeza masculina. La famosa envidia del pene es, desde este punto de vista, una típica fantasía masculina.

Mas profundamente, lo que aquí impere y que es común a hombres y mujeres, es lo que aportó Lacan de manera decisiva, al punto que se trata de una articulación mayor de su teoría.

En varios lugares, pero sobre todo en el capítulo XV de su *seminario XI*, Lacan dijo, de forma contundente que *la pulsión genital no existe*. La pulsión impera por doquier, especialmente en los niveles oral y anal; no obstante falta allí donde el *pansexualismo*, que no incumbe al psicoanálisis sino a las proyecciones de sus críticos, supone que reina totalmente. El niño y la

niña son preparados por la promesa de la ventura sexual cuando llegue el “momento adecuado”. Cuando ese momento llega, la decepción hace su emergencia bajo la forma de inhibición, angustia e incluso furia y emoción descontrolada.

No hay significantes que armonicen un plano de difícil construcción, porque allí se revela un objeto ausente que expone a los seres humanos a la peregrinación metonímica.

Desde luego, las opiniones, prejuiciosas y falsas de Freud acerca de la supuesta debilidad del super-yo femenino y de su endeble consciencia moral, pertenecen a al acervo de las cosas caducas.

BIBLIOGRAFÍA

- BRETON, A (1963), *Nadja*, Ed Universitaria
_____ (1937) *L'Amour fou*, Madrid, Editorial Alianza
- Donne, J, (2005) Poema: Infinitud de los amantes, *Poesía Erótica*. Editorial Aldus
- FEHER, M. “L'amour le plus éprouvant” en *Magazine littéraire*, Paris Juliet aut 1989.
- FREUD, S.(1921) “Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1914) “Introducción al narcisismo”, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu.

-
- LACAN, J. (1966) “Propos directifs pour un Congrès sur la sexualité féminine”, en *Écrits*, Paris, Seuil,
- _____ *El Seminario de Jacques Lacan N° 10 La angustia, 1962/1963*, edición electrónica Staferla.
- RITVO, J. B. (2018) *El silencio femenino*, Rosario, Nube Negra, Rosario, 2018
- _____ (2019) “Qué se objeta cuando se objeta el patriarcalismo”, en *Conjetural, revista psicoanalítica*, N° 70, Ediciones Sitio, Buenos Aires.
- VEYNE, PAUL, “El Imperio Romano”, en *Historia de la vida privada, Del imperio romano al año mil*, Barcelona, Taurus, 2001.
- ZAFIROPOULOS, M. (2017), *La cuestión femenina, de Freud a Lacan, la mujer contra la madre*. Buenos Aires, Logos kalós.

COMO CITAR ESTE ARTICULO:

Ritvo, J. (2019). La diferencia nuevamente interpelada en *Revista Psicoanálisis en la Universidad* N°3. Rosario, Argentina. UNR Editora.

JUAN BAUTISTA RITVO

Psicoanalista, Profesor de Teoría de la Lectura, Carrera de Filosofía, UNR. Actualmente es docente de la Maestría de Psicoanálisis, UNR. Miembro del consejo editor de las revistas *Conjetural* y *Redes de la Letra*.